

EL COMANDANTE PERSAT

Por TOMÁS PÉREZ TENREIRO

Vencido Napoleón caerían sobre Francia todas las miserias que suelen suceder al rápido enriquecimiento, a la prosperidad pronto detenida e incluso “a todas las glorias”.

La destrucción de tan grandes ejércitos como los perdidos en Rusia el año de 12, y el año de 13, y en el de 14 en las campañas finales. Alentaron a los Prusianos, a los Alemanes de todos los ducados y reinos que el mismo Bonaparte reformara sin cuidar en las consecuencias para el destino de su propio Imperio, Autriacos de su suegro, los rusos de Alejandro y detrás de ellos la voluntad de Inglaterra, a lanzarse sobre él para dominarlo definitivamente, a pesar de todos los esfuerzos que su genio y su energía opusieron a los aliados sus enemigos implacables. Quienes se favorecerían de los inevitables traidores. Suerte de hienas, compañeros casi obligados del éxito y del talento, siempre dispuestos a derribar lo que sostiene una voluntad superior, en beneficio, no de ideales, sino de su propio infame complacimiento y de la obtención de efímeros triunfos, de satisfacer inexcusables apetitos . . . Ello en el caso que nos ocupamos no es de despreciar. Pero, recordemos que sangradas las poblaciones, alcanzado por muchos el nivel de su más alta ambición, los Jefes en su mayoría convencidos de que el sostenimiento del Emperador implicará continua guerra. Guerra que sumados los años de Revolución e Imperio ha más que diezmando la población, el obtener la paz, que según siempre lo dijera el Conductor era “el objetivo de todas las guerras” . . . Será la más inmediata ambición de la mayoría . . . Eran muchos años de gloriosas campañas, de invadir países extranjeros, de imponerles nuevos gobiernos y Reyes. Era tiempo, para muchos de disfrutar de la tranquilidad que no había conocido una generación . . . Los aliados encontraron que Napoleón era el único obstáculo para el restablecimiento de la anhelada paz . . . Lo obligaron a abdicar. Y la mayoría, de inmediato, se dispuso a ofrecerse a los Borbones. El Emperador se ve abandonado de todos quienes lo rodeaban y adulaban. Parecía que ya había muerto, diría uno de sus pocos fieles . . . Pasado el corto plazo de los Cien Días. Nuevamente deshecho en Waterloo. Rumbo a su prisión de Santa Elena. Sobre sus amigos y sobre quienes no querían entendimiento con los nuevos amos, caería el Terror Blanco. La persecución por los ultra realistas. Y una de las Instituciones que debería sufrir más, sería la Institución Armada. La misma que con Bonaparte había alcanzado las mayores glorias, cierto, a los más altos costos.

Pronto los sospechosos de lealismo al Usurpador Corso, fueron licenciados. O colocados a "media paga" . . . En casi miseria. Hombres hechos en el vivac. Difícil les sería acostumbrarse, precisamente, a vivir fuera del campamento, del combate, de la sombra benéfica del Emperador. Afortunadamente para los espíritus decididos, el mundo de 1815, a pesar de la Santa Alianza, del empeño mesiánico del Emperador Alejandro ofrecía todavía bastantes campos a los hombres de acción. Y en algunos de ellos, se juntaban las posibilidades de mejorar el propio destino con la defensa de principios imperecederos . . . Y la curiosidad, y el afán, permanente en aquellas épocas de aventura.

Todavía en 1823, un hombre "tranquilo", el señor G. Mollien, ya conocido por sus viajes en el Africa, escribiría: "La lucha sangrienta que sostenía la América española, la extraordinaria revolución que se había operado y que abriera los puertos de ese continente tanto tiempo cerrados a los extranjeros, todo excitaba en el más alto grado, mi curiosidad" . . . Ello y la fama de Bolívar. La lucha por la Libertad. Y no deje de recordarse el viejo brillo de las leyendas del Dorado, que añadirían un encanto muy sólido, a quien no bien pensara, a las tierras de las que a despecho de Humboldt casi nada se sabía. Esas tierras serían casi de promisión, para los espíritus inquietos, abundantes en la época y a tantos en busca de llenar sus vidas o de encontrar recompensa material a su batallar . . . Don Rufino Blanco, cuando escribió la Introducción a "Campañas y Cruceros", no dejó de señalar que no solamente habían venido los oficiales aventados por el desastre napoleónico, por el afán de aventura, proemio del romanticismo. Por escapar al *spleen* británico y a la media paga, sino que también vinieron oficiales despechados o fracasados, alguno que otro expulsado de filas, y hasta espías españoles, entre los que no vacila en señalar a Wilson, el seudo mentor de Páez cuando la algarada del 1818 . . . Muchos de estos hombres escribieron sus recuerdos, publicados luego con su nombre o bajo anonimato. A veces en su vida y las más, luego de morir. La publicación se sucede gracias en veces a fortuitas circunstancias. En ellas alcanzamos una visión diferente de nuestra epopeya. La Independencia y nuestros afanes aparecen bajo otras luces y aún, lo que se cuenta, lógicamente, tiene una acentuación distinta. Algunos ni siquiera explican porqué han venido a batirse. A morir por lo que no es su país. Y ni afirman su adhesión a los eternos principios de justicia y libertad.

Contentémonos con lo que han escrito y pensemos que nuestros Próceres casi nunca lo hicieron. Por desidia. Por no pensar en que muertos ellos se acabarían sus testimonios. Por ignorar que no hay Historia si no se cuentan los sucesos . . .

Este Comandante Persat, cuyos recuerdos vamos a examinar en parte, es de los más curiosos ejemplares de humanidad que hayan llegado a nuestras tierras. Firme sobre el común denominador de la época, valentía, nos ofrece un numerador compuesto de mil aspectos diferentes, que pueden hacerlo detestable, ridículo, incómodo, fanático, devoto bonapartista y además liberal de los nuevos, mala cabeza, "buen corazón", hombre que "desperdiciaba su vida" (según la opinión del General du Barail). Pero que nosotros desconocemos a pesar de habernos dejado en esos mismos recuerdos unos cuantos juicios, ciertamente exacerbados por sus propios problemas e idiosincracia, pero extremadamente interesantes. Para que no sirvan de comparación. Casi imposible historiar sin comparar . . .

Mauricio Persat, que es calificado de “original y brillante, de fabulosa bravura, adorador apasionado de la libertad y del Emperador” . . . , nació en el día 30 de abril de 1788. En Ennezat (Puy de Donne) Francia, de un padre bastante acomodado y que había conocido las Antillas francesas.

Y se cree que había tenido algún trato con el General La Fayette. Gracias a su habilidad y a su posición acomodada, pronto pudo destacarse en su pueblo, llegando a ser agente municipal y presidente de la administración del Cantón.

Tuvo cinco hijos, a parte de otro que murió de muy menor edad y cuatro hijas. De los varones cinco serían soldados. El cuarto hijo, pues Mauricio era el tercero, sería como éste soldado en las filas patriotas, soldado de Bolívar, como anota el señor Gustavo Schulumberger (del Instituto de Francia), quien hace el proemio y las notas a las Memorias del Comandante Persat, publicadas en 1910 y que estamos comentando. Pero, nada sabemos sobre él. No deja de ser curioso que el quinto, se volviera loco, de locura más curiosa, pues pretendió ser nada menos que el Delfín. El perdido Luis XVIII! . . . Chifladura que su hermano Mauricio explicaba como nacida o consecuencia a un disparo recibido por Víctor, en la cabeza, durante la terrible Campaña de Rusia (1812). Schulumberger no deja de exponer que las excentricidades del Comandante podrían tener origen en una común propensión a la demencia, heredada de sus mayores . . . Era Persat; de alta estatura, muy fornido que con la edad pasaría a abultada corpulencia, cara conformada por líneas y razgos que los contemporáneos no vacilan en describir como de hermosura muy viril, y en la que crecían largos, fieros mostachos . . . Y de gran corazón capaz de todas las bravuras . . . Pero, en razón de sus sufrimientos y postergaciones, capaz también de cargarse con los más desenfrenados odios, los que expresó en sus Memorias en forma tan grosera en veces, que el comentarista debió suprimir algunos párrafos muy ofensivos y vulgares . . . No olvidemos que como Persat hubo muchos Oficiales y de los que vinieron y hasta dejaron sus huesos en Tierra Firme. Para fructificar en las bellas esperanzas que son nuestras Repúblicas. Oficiales para quienes se debe repetir las frases del también Miembro del Instituto Mauricio Rheims: “Hoy día no podemos imaginar bien, hasta dónde la mayoría de ellos manifestaba su desprecio, no tanto al dinero, del que conocían la fuerza, sino a la fortuna, todo ello acompañado de un sentimiento de devoción carnal con respecto a la Nación” . . . En este caso la Nación era el Emperador, resumen de la Francia victoriosa y heroica . . . Así que cuando más adelante nos tropecemos con uno que otro juicio para nosotros apresurado u odioso, pensemos que por debajo no es la envidia la que alza las más estridentes voces, sino los sufrimientos de quien se creía apto a muy brillante destino que amargaron e hicieron su mente y sus razonamientos limitada e intransigente . . . Pero no nos llamemos a engaño, de su escrito se ha llegado a la conclusión de que se había cultivado, mejorando una instrucción cuyas bases debieron ser no muy sólidas . . . (“Instrucción Mediocre”), decía el Vte. Vergennes.

Comienza Persat sus Memorias exponiendo sus títulos, entre los cuales nos llama la atención el de Mayor General del Ejército en América . . . Y pide a los futuros lectores indulgencia, “pues ellos (sus amigos), conocen la pobreza de mi erudición. En nuestros días gloriosos, lo mismo que en nuestros reveses, yo ciertamente cumplí con mi deber, pero, no hice otra cosa que la hecha por millares de

mis viejos compañeros de armas" . . . Para seguir, con cierta altanería: "Ciertamente, los oficiales que me han tratado en filas no pueden haber olvidado que mi carácter no me hacía proclive a buscar la protección de mis superiores; por demás, durante el Imperio, los soldados, suboficiales y oficiales de todos los grados no tenían necesidad, como hoy día, de arrastrarse para obtener un ascenso o la Legión". De inmediato pasa en un incisivo párrafo a defender de antemano las verdades que ha escrito sobre las cuestiones de la América, precisamente sobre las antiguas colonias españolas . . . "Las guerras civiles que desde hace treinta años continúan arruinando las antiguas posesiones españolas, convencerán a mis amigos que yo no los había engañado en 1819, de regreso de mi servicio con los Independientes . . . Desde entonces, otros franceses han tenido la misma suerte de poder regresar a la Patria; allá abajo vieron las cosas como yo las vi, sufrieron lo mismo; de tal manera que no podrán desmentir lo que yo he escrito sobre Bolívar y sus secuaces" . . .

Sigue defendiendo luego su conducta, su actitud ante los sucesivos gobiernos franceses que lo llevará la más de las veces al destierro, a colocarse como voluntario sirviendo causas difíciles de hacer triunfar, pero de las que siempre llaman a hombres generosos . . . Combatir a favor de los Constitucionales napolitanos (1821), apoyar la insurrección griega, combatir en España . . . Volver a las filas de Francia para hacer la campaña de África . . . Al fin recuperar su antiguo grado de Capitán para nuevamente ser enviado al África, casi como en destierro . . . Y otra vez pasado a disponibilidad, "lo que equivalía para mí a una sentencia de muerte" . . . En ese capítulo inicial, que sirve de liminar a sus Memorias, está todo entero, con odiosidades y rencores, ambiciones justas truncas, amargas quejas contra la injusticia de los regímenes, pero confiado siempre en el "alto y poderoso tribunal de la opinión pública" cuya aprobación constituirá toda su real ambición . . .

Los servicios de Persat al Imperio se extienden desde marzo de 1806 al mes de agosto de 1817. Ingresa a filas cuando Bonaparte pasa al retiro un gran número de oficiales republicanos "muy valerosos sin duda alguna, pero igualmente ignorantes" . . . Como la Escuela Politécnica no podía llenar las vacantes, el Emperador decretó la organización de un cuerpo especial, al que se llamó de Vélites (Homenaje a la vieja y romana infantería ligera), pero que se instrumentó para el servicio a pie o a caballo. El objetivo real era el de ayudar a la "provisión" de Oficiales subalternos, siempre en disminución. Para el reclutamiento se escogió a los aspirantes que pudieran PAGAR al gobierno una suma anual de alrededor de 200 francos, y pagarse, igualmente, su equipo. En cambio, a los cuatro años de servicio podrían obtener su promoción a los grados subalternos . . .

Persat se enrola en los Vélites de a caballo, a la edad de diecisiete años. Con la suerte de que a poco el cuerpo de Vélites pasará a formar parte de la Guardia Imperial. Es, pues como soldado distinguido, en los Regimientos noveno de dragones y cuarto de lanceros, que Persat sigue a la gloria por todos los campos de Europa.

De sus servicios, Persat señala con gran orgullo su estadía en los Granaderos de La Guardia, que junto con los otros dos ya nombrados constituyen su razón de ser en las guerras napoleónicas. Pero, de los granaderos a caballo, recuerda su brillante participación en la Batalla de Eylau (8 de febrero de 1807), en la que fue herido y a pesar de ello no abandonó el Estandarte. Eylau, según el General Marbot

en sus Memorias, Memorias que siempre se leen con provecho y placer, y que han alcanzado un número increíble de ediciones, era “un horrible campo de batalla, cubierto de cadáveres y moribundos... Desde la invención de la pólvora no se habían visto tan terribles efectos... porque, teniendo en cuenta el número de los soldados que combatieron en Eylau, es ciertamente, de todas las batallas antiguas o modernas aquella en que las pérdidas han sido más grandes. Los rusos tuvieron veinticinco mil hombres fuera de combate y aunque los franceses no confesaron sino unos diez mil alcanzados por el hierro o por el fuego, creo que el total para los dos ejércitos sería de unos cuarenticinco mil, de los que más de la mitad moribundos y muertos”... Eran épocas de increíble devoción... Persat permanece en filas a pesar de su herida, que él mismo califica de ligera, Persat, además del “gusto” del combate manifiesta siempre su deseo de distinción. De alcanzar por esa vía sus ascensos... Pero recordemos que en el mismo día, se hizo matar el General d’Hautpoul, quien felicitado en presencia de las tropas por el Emperador, el que le agradeció su carga con los coraceros, lleno de emoción exclamó: “Para mostrarme digno de tan grande honor como el que V.M. me hace, será necesario hacerme matar por ella”... Eran tiempos de grandes frases y de grandes hechos... La vida no tenía los valores metálicos que ha cobrado luego... Sin embargo, tengamos siempre presente, aunque coindivirla completamente, es difícil, la opinión de Don Enrique de Gandía, quien en su admirable Napoleón y la Independencia de América, estableció como preámbulo a Bonaparte, el que “La guerra y el saqueo habían salvado a Francia. Los generales lo sabían a la perfección. Ellos no servían para administrar; servían para robar y ello resultaba muy útil si el robo era administrado por los civiles”... La vida sobre países conquistados, el deseo de significarse ante los gobernantes y de disminuir la carga al nativo país, el desperdicio y los destrozos que suelen acompañar a las acciones de guerra y el ansia natural de algunos altos Jefes, justifican en gran parte el duro juicio del más fecundo de los escritores argentinos. Pero hay que convenir que no todos eran ladrones y que no todos eran malos administradores. Y que la mayoría sabía rescatar el abuso, con su conducta en los días de combate... Eran años también duros para los generales que morían fácilmente al lado del soldado o dando ejemplo a los subtenientes... Persat en todo su largo batallar no estuvo cerca de las posiciones en las que la corrupción rodea y hasta destruye los laureles y tampoco, sus hechos lo demuestran, era amigo de tesaurizar ni siquiera por pensar en la vejez... Los subalternos napoleónicos en su mayoría pasarán pobres y sufridos a la leyenda con Alfredo de Vigny.

Pero, Persat era muy consciente de los riesgos que significaba la valentía. Al cordar que Murat llamaba al coronel Maupetit (después General de Brigada. Pedro Honorato Amado, barón del Imperio) “el Bayardo moderno”, dice brevemente: “Por esta época, el Gran ejército contaba por millares esos Bayardos modernos quienes combatían sin estar cubiertos de hierro de la cabeza a los pies”... Grandes elogios hace a algunos de sus Comandantes de Regimiento y en cambio no duda en emplear muy duros calificativos para quienes cree lo merecen... Consagra un párrafo muy curioso para describir la impresión causada por un recién llegado Comandante. “Entre los generales llamados a comandarnos, todavía no habíamos visto sino hombres de los ennegrecidos por el humo de los combates...”

Así que grande fue la sorpresa de los oficiales y dragones cuando vimos llegar para asumir la jefatura de la brigada, a un general de veinséis años, de cabellos rubios, ojos azules, talla un poco más que mediana, en una palabra una especie de Adonis... Nuestros dragones, en su mayoría troperos viejos, murmuraban: "Parece que todos los veteranos han sido muertos en Esling y en Wagram, ya que el Emperador nos manda este recluta como Jefe". Este General de veintiseis años era Santa Cruz, uno de los alumnos de Massena, cuando éste era hijo queridísimo de la Victoria... Este Generalito de veintiseis años, era general de caballería, se llamaba Carlos María, y si su aspecto hacía murmurar a los dragones cuando no lo conocían, no había hecho engañar al mejor juez en aquellas cuestiones que era el mismo Bonaparte. Marbot analiza a Sainte-Croix y consagra para esto casi un capítulo de sus Memorias. Recuerda que Sainte-Croix, dedicado por su familia al servicio diplomático, sólo pudo llegar a filas a los veintitres años y de frente, como Jefe de batallón! Por razones de faldas, parece que de las que estaban en la corte napoleónica, en un duelo Sainte-Croix mató a un primo de Josefina y tuvo que sufrir la cólera del Emperador, mal informado, hasta que Fouché logró que los testigos del muerto, quienes se habían escondido, salieran a declarar la verdad. Con lo que pudo reunirse con su batallón e iniciar una carrera que sólo en aquellos días y con un talento superior podían hacerse... "Sainte Croix era pequeño, delgado, rubiecito, de una agradable pero femenina faz; pero, dentro de aquel cuerpo que de primera vista parecía débil y poco apropiado para los rudos trabajos de la guerra, se encontraban un alma de hierro, un coraje verdaderamente heroico y una actividad devoradora"... Grandes fueron sus servicios y Napoleón lo distinguió pronto. Hasta el extremo de que un día confió al enviado del zar, Czernitcheff: "Desde que yo comando ejércitos, no he encontrado oficial más capaz, que comprenda mejor mis pensamientos y mejor los haga ejecutar; me recuerda al mariscal Lannes y al general Desaix, de tal manera, que SI EL RAYO NO SE LO LLEVA, Francia y Europa se sorprenderán del camino que yo le haré recorrer!"... Pero el rayo lo alcanzó en Villa Franca de Portugal el 11 de octubre de 1810, a los veintiocho años... Este era el "recluta" que recibía Persat como Jefe de Brigada... Y muy pronto los dragones comprenderían qué clase de hombre se disimulaba debajo de aquella figura de petrimetre... Pronto lo llamarían "cadete Lasalle" en recuerdo del más valiente General de Caballería de las guerras napoleónicas... Persat, asienta que como jueces de valentía y de capacidad guerrera sus dragones poco se equivocaban. Sigue y relata la trabajosa campaña de Portugal, en la que un Massena viejo "después de haber perdido casi la mitad de nuestro valiente y brillante ejército nos hace batir en retirada... y ¡qué retirada!"... "En esta triste y funesta campaña la administración de víveres, como en Rusia dio pruebas de su incapacidad y sobre todo de su desenfrenada codicia"... No vacila Persat en afirmar que en las guerras, "Los intendentes, comisarios, empleados de hospitales y los "riz-pain-sel" de todas las especies han matado más soldados franceses que en toda la guerra el fuego de nuestros enemigos"... Claro, aquella especie humana bautizada por Persat, riz-pain-sel, no era solamente producto francés, sino que se vio en todas las campañas y sobrevivió a ellas. Recordemos que en Venezuela, casi todos los alzamientos o manifestaciones de indisciplina de las tropas, tuvieron en el fondo una base, el hambre y los malos equipos.

Recuérdese, aunque colocándolos en su debida perspectiva los chismes de Pío Gil. La locha del Rancho. Rancho que el Dr. Pino Pou no temió calificar en escrito dedicado a Cipriano Castro y luego a J. V. Gómez, como negocio de los Jefes de Cuartel. Negocio que solo viene a terminar en 1945.

Persat regresa a Francia, porque reforman la organización de la caballería. “Salimos de Sevilla en setiembre de 1811 y más o menos, en la misma fecha, en 1812, estábamos en Moscú”... No creía Persat en la veracidad histórica de los Recuerdos de Segur y de Chateaubriand, a quienes califica de detractores del Emperador... Hace luego la Campaña de 1813, de la que recuerda el desgraciado combate de Kastbach (26 de agosto 1813) y escribe: “es al Mariscal Macdonald a quien la Francia deberá pedir cuentas un día de la muerte de diez mil de nuestros soldados, de quince mil prisioneros y de cuarenta piezas de cañón”... Pasando en seguida a calificar a otros Mariscales, en su concepto igualmente culpables. Asistió a todos los combates del año de 1814. Y vueltos al poder los Borbones, no quiso continuar en filas, ya que los nuevos Jefes, volvían a instalar su soberbia, creyéndose insustituibles. Persat sale a la disponibilidad con “medio sueldo”... A la noticia del desembarco de Napoleón, Persat corre a su encuentro. Mas, es detenido y solo viene a salir de prisión el 16 de marzo de 1815. Y sin haber sido confirmado en sus grados, porque “yo nunca me he ocupado de mis intereses personales sino de los de mis opiniones”, vuelve a la caballería para combatir en la campaña final del Imperio y perder su carrera militar, por considerársele desafecto.

“Retirado en mi tierra natal, al lado de mi buena madre, allí encontré otros oficiales tan descontentos como yo y de una imaginación tan exaltada como la mía. Gracias a un periódico, “El Constitucional” que hablaba de las victorias de Bolívar, Persat decide partir para la América ‘para servir a su Independencia’”.

Obtenido el pasaporte, que fue dado por el Vizconde de Vergennes, junto con algunos consejos “que por desgracia no seguimos”, salió Persat en compañía de Chassin antes subteniente en el 9º de húsares y del capitán Fourchy del 4º de la misma arma... Para obtener se le pagara el sueldo acordado “...encontré el medio para recibirlo de una vez, dándole sesenta francos a un viejo empleado del ministerio, porque todo era tráfico en aquellos tiempos, como ahora todo es intriga”... Así que rendido homenaje a la corrupción administrativa, los flamantes viajeros se encaminaron al Havre, a esperar embarcación. En tanto, supieron la llegada de algunos oficiales que regresaban de la América del Sur, “justamente de Colombia” (La de Bolívar...). “Estos oficiales, que eran portadores de títulos verdaderos y auténticos, nos pintaron un cuadro muy poco atrayente de las tropas independientes y se empeñaron en que renunciáramos a nuestros proyectos... Mis amigos y yo no éramos hombres a dejarnos espantar por fatigas y privación”. Mas, Persat trata de frenar a sus compañeros exponiéndoles la conveniencia de dirigirse primero a Norteamérica, lo que les daría tiempo y posibilidad de mejor información. Sus amigos decidieron lo contrario y se embarcaron para San Tomas.

A los tres meses, Chassin era víctima de la fiebre amarilla... El 14 de junio de 1817, “doble aniversario de Marengo y de Friedland”, partió el Comandante para Nueva York, a la que arribaría el día 26 de agosto...

De inmediato Persat visita al príncipe José Napoleón quien lo recibe con grande cordialidad y le cuenta las órdenes secretas del Gobierno Inglés a Hudson

Lowen, que disponían nada más y nada menos que la muerte del ilustre prisionero si cobraba forma una tentativa de escape. . . “Hudson Lowew, infame y sanguinario, digno en todo de ejecutar la voluntad de su execrable gobierno” . . .

Como las disposiciones inglesas habían aterrado e indignado a Persat, el príncipe que le conoció la emoción, estrechándole la mano le dijo: “Quedaos aquí, estimado capitán, mi fortuna proviene de Francia y de ese Ejército del que habéis sido parte, es un deber imperioso para mí servir a los franceses cuyo infortunio proviene de su devoción a mi familia” . . . En este caso, como en tantos otros, José Napoleón se demostró digno como un príncipe, pues se dice que la primera característica de la sangre real es su mal agradecimiento. . . Persat agradeció el ofrecimiento, pero sin necesitarlo verdaderamente y lleno de esperanzas en su proyecto, decide realizarlo a lo más breve. Para lo que la suerte le ayuda al hacerlo tropezar con algunos oficiales de la marina patriota quienes le dieron la dirección del Almirante Villaret. Este, ni corto ni perezoso ofreció a Persat el comando de un regimiento de lanceros y pasaje en su buque insignia.

El 22 de setiembre abordo del Americano Libre “fino velero” sale rumbo al Sur. El mal tiempo convirtió el mar, que antes parecía un espejo en un espantoso y profundo abismo en el que “montañas de agua pretendían tragarnos”. Afortunadamente, contaban con un Capitán “sólido y experimentado”, el Capitán Caze (de Burdeos), al que llamaban Bernard.

“Este hombre, que no mediría más de unos cuatro pies y siete u ocho pulgadas de estatura, nos pareció de un tamaño gigantesco durante lo más fuerte de la tempestad” . . . “Después de estar ocho días entre la vida y la muerte”, con la ayuda de un navío pudieron llegar a Cahrlestown, en la que Villaret y Bernard vieron desertar parte de los voluntarios. . . Durante un almuerzo copioso y regado abundantemente, se suceden los inevitables brindis, uno de los cuales hecho a la salud del Emperador, trajo la protesta de un enemigo de los tiranos. . . Salvó la situación, “la paz y la armonía”, la presencia y actitud “de un antiguo ministro de Colombia, Juan Gual, hombre de talento y leal patriota” . . . Durante la estadía en Charlestown “supimos que un francés llamado Aury se había apoderado de la isla de Amelia, en la costa oriental de la Florida y que había proclamado la República de las Dos Floridas” . . . Aceptó Persat la proposición de Villaret de acompañarlo a los dominios de Aury. Llegando a Amelia el 15 de octubre. Donde fueron recibidos entusiastamente por Aury. Explica Persat que “Un aventurero irlandés o escocés, Mac Gregor, fugitivo de Colombia donde había hecho sus primeras armas”, había, con unos doscientos compatriotas y americanos, atacado Amelia, se apoderó de ella y proclamando la independencia de las Dos Floridas, abandonó la isla a los americanos, dejando un gobernador americano venido de Washington. No vacila Persat en acusar a Mac Gregor, calificándolo de agente, al servicio de los Estados Unidos. . . Aury quien llegó cuando precisamente salía el escocés, le reclamó sus procederes y lo invitó a unirse a él, para expulsar a los americanos, a lo cual se negó Mac Gregor y procedió Aury a enviar un parlamentario a tierra amenazando al gobernador quien debió rendirse y hacer reconocer a Aury como Presidente de la flamante República. . . Persat, al nombrar a Mac Gregor, aprovecha para colocar una nota en la que la emprende contra un personaje, Maceroni, diciendo: “Había en Londres, un Napolitano llamado Maceroni quien se decía en-

viado extraordinario de Bolívar... Vendía despachos en bello pergamino impreso, con los grados de general, coronel a todos los que lo pidieran... Vendía, también, cruces de la orden de los libertadores... Mac Gregor era, sin duda un general de la fábrica del ingenioso Maceroni"... Merece la pena comentar estas afirmaciones. Maceroni era hijo de italiano y de inglesa. Nacido en Manchester y veterano de las campañas napoleónicas y de los que conspiraron en favor de la libertad del Emperador. Simpatizó con la causa americana y gozó hasta cierto punto de la estima de Bolívar. En la prensa y luego estimulando mediante su participación personal la partida de voluntarios para América, trabajó en pro de la causa patriota. Es posible que al organizarse las expediciones, reconociera grados o quizá, ofreciera alguno, pero lo que parece casi imposible es que vendiera las cruces de la orden de los Libertadores, ya que el decreto de creación de esta, ponía como obligación para obtenerla, la participación en tres batallas victoriosas. Aparte de esto, no se conocen ni cruces ni despachos o autorizaciones para su empleo que puedan calificarse de fabricación inglesa... Maceroni dejó unas Memorias, que Don Carlos Pi y Sunyer encontraba a veces reñidas con la verdad y muy dignas de la pluma de un hombre novelesco, intrigante y osado, escritor fácil, pero al que reconoce una participación muy principal en la recluta de los legionarios que vinieron a la América!! Dejemos a Persat con sus opiniones y enterémonos de lo que era Amelia: "...Una pequeña villa de madera, que los españoles habían rodeado de malas fortificaciones, prácticamente inexistentes a nuestra llegada. La isla de Amelia es casi toda árida y casi todos sus habitantes habían emigrado con excepción de unas docenas de familias criollas, españolas y francesas"... Anotemos de paso que Mac Gregor quien nos merece el respeto de sus triunfos en el Alacrán, etc., había lanzado proclamas altisonantes, todas refrendadas por su secretario José de Yribarren. Y para "perpetuar la memoria del valor" de los soldados y marineros de su expedición les concedió un escudo, rojo, de cuatro pulgadas de diámetro con la divisa "Vencedores de Amelia, 29 de junio de 1817. 7 y 1"... Y en el mismo decreto de creación ordenaba los colores del bordado según las jerarquías y terminaba con "Larga vida a los Conquistadores de Amelia"... Además, hizo acuñar una medalla de bronce con la inscripción: DUCE MACGREGORIO LIBERTAS FLORIDARIUM, y en el reverso AMALIA VENI VIDI VINCI y la fecha 29 junio 1817... Medalla de gran rareza numismática... Persat fue nombrado por Aury Mayor General del Ejército... "Yo había aceptado, porque, sin vanidad, yo era, ciertamente el más capaz de ejercer el empleo, todos los demás oficiales solo habían sido sargentos o cabos... con excepción del marqués italiano Razeli que había sido subteniente en el 23 de cazadores..." No aceptaron Aury y Persat las ofertas de reconocimiento de grados en los Estados Unidos hechas por el Gobernador americano en tanto el gobierno, en vista de que no había acomodo con Aury, resolvió liquidar el asunto por la fuerza. Y a pesar del valor de los neo republicanos debieron ceder y evacuar Amelia... Persat reconoce las cualidades de Aury como marino y señala que "la envidia de los marinos colombianos" se exagera con sus ascensos y con sus riquezas... "De la ingratitud pronto se pasó a la injuria contra Aury, y éste, poco paciente envió a paseo a Bolívar y sus almirantes". "Perdieron los colombianos el alma de su marina"... A los elogios de Persat señalemos los juicios de Stanley Faye citados por el Tte. Francisco Alejan-

dro Vargas: "(Era Aury) . . . un francés conservador, que solo aprendía por experiencia; hombre del pueblo de escasa educación, de inteligencia tardía, impulsivo, probo, lógico y lerdo". . . Añadamos que se hizo eco de las pretensiones de Bermúdez contra el mando de Bolívar y que sus barcos pasaron a veces los límites señalados a los corsarios lo que le causó gran descrédito y su separación de la marina de la República. Persat sigue a Santo Domingo en un barco capitaneado por Joly, quien a su juicio reveló "la más completa ignorancia en asuntos de navegación de altura". . . Sobre Haití expresa que sin que le muevan prejuicios de los llamados hoy raciales, los haitianos perdieron todo lo hecho por los colonos franceses. . .

Sin noticias sobre la escuadra de Aury, navegaron en su busca, reuniéndose con el barco del capitán Bernard al que al principio Joly creyera sabrosa presa. . . Sabedores por éste de que Aury se dirigía a la Isla de Providencia a crear un nuevo Estado. . . Como les faltaran víveres resolvieron una intentona sobre Puerto Rico y desembarcaron en cabo Roco sin dificultad. Las que empezaron cuando los españoles contratacaron a la fuerza de desembarque capitaneada por Persat quien debió retirarse no sin herir o matar a unos veinte españoles. . . Convencido Persat de que Joly "tenía todos los trazos de un pirata", se pasó al barco de Bernard quien le ofreció llevarlo a Margarita. "Encontramos en la travesía la escuadra de Brión, entonces mariscal de Colombia (sic). Nos reunimos con él, y el 7 de mayo de 1818 echamos anclas en el puerto de Juan Griego, situado al oeste de Margarita, la Esparta de la América, cierto, pues en todos mis viajes yo no he conocido un pueblo más valiente, hospitalario y tan leal como los margariteños". Este homenaje en la pluma de Persat es de un valor extraordinario, ya que como sabemos era hombre de grandes rencores e imaginación presta a encenderse contra los que creía le hacían mal. ". . . Este vándalo, Morillo, furioso por no haber podido vencer a los bravos margariteños, había hecho incendiar las villas de Pampatar, La Asunción del Norte, Juan Griego, todas las casas del campo y llevado su barbarie a hacer arrancar los árboles frutales de esta heroica Isla; así que horrible espectáculo de devastación y de desolación sobre esta desgraciada tierra! . . . Si Morillo había perdido la élite de sus catorce mil veteranos traídos de España, los valientes margariteños lamentaron también la pérdida de muchos hermanos! En estos combates eran comandados por el digno y leal general Francisco Gómez, secundado por los honorables hermanos Saturnino y Maneiro, los tres coroneles de la Milicia". "Cuando llegué a Margarita, estaba la isla gobernada por un llamado Arismendi, más cruel todavía que Morillo, sin tener la valentía de éste, ya que el jefe español era de una rara intrepidez en los combates, mientras que su sucesor como gobernador de la colonia no era sino un cobarde sanguinario y tan déspota como Bolívar, así que las desgraciadas colonias no habían cambiado sino de amos, lo mismo que la Francia de 1830". Para redondear este párrafo, Persat en una nota cuenta: "Este bandido (Arismendi) era de raza india y tan insaciable de oro como de sangre. Yo lo ví apuñalar a un desgraciado español, prisionero al que unos de sus secuaces habíase negado a matar a sangre fría. Este tigre, viendo que el asesinato nos indignó a los espectadores y a mí, nos dijo blandiendo su puñal lleno de sangre: "SI DIOS FUERA ESPAÑOL YO LO MATARIA DE LA MISMA MANERA". . . Juzgar al General Arismendi es ciertamente difícil, pero

con certeza los trazos con que se debe acentuar su personalidad, son en el relato de Persat muy gruesos y en parte injustos. Olvidaba el Comandante o los ignoró, los sacrificios y persecuciones sufridas y también el carácter de aquella guerra que en la Isla era particularmente cruel, cuando en el resto del país se hacía sin cuartel. No se compagina la acusación de corbardía con los hechos históricos. Quizás Persat se dejó llevar por relatos de enemigos del General. También es comprensible que exprese admiración por Francisco Esteban Gómez, cuyo equilibrio, valentía y decisión son gloria de su tierra natal. Los hermanos Maneiro se consideran muy distinguidos luchadores y servidores de la causa Independiente. Lamentable que Persat no precise bien los nombres para mejor identificación. Quizás se refiere a José Joaquín el más distinguido de todos y con el nombre de Saturnino hasta podría señalar al viejo prócer padre de tantos esforzados patriotas. . . . “Bolívar se encontraba en Angostura, de regreso de una malhadada campaña; aproveché la partida de una pequeña embarcación para dirigirme a dicha villa, entonces capital de la República de Colombia. Bolívar había reunido allí un simulacro de Congreso, por que él era dictador supremo y general en jefe absoluto de aquella especie de República compuesta para la época por las mal fortificadas casuchas de Angostura, la isla de Margarita y otros pueblos interioranos ya que todas las villas marítimas. . . y las ciudades del interior, estaban todavía ocupadas por los españoles” . . . “A mi llegada a Angostura habían más oficiales que soldados, y qué soldados, desgraciados negros libertados para hacerlos degollar por los españoles o morir de hambre y de miseria, porque la República no tenía fondos ni almacenes ni depósitos de vestuarios, así que estos desgraciados echaban de menos su esclavitud. Es la verdad exacta la que digo”. Cuenta Persat que oyó las quejas de muchos oficiales extranjeros como él que lo aconsejaron separarse del servicio, pero “yo había ya visto a Bolívar, verdadero jesuita en política, quien sin engañarme sobre la situación real de su República y de su ejército me había dicho: ‘NOSOTROS ACABAMOS DE TENER NUESTRO NOVI EN LA ULTIMA CAMPAÑA, TENDREMOS NUESTRO MARENGO EN LA PROXIMA’. Bolívar me asegura que esperaba una legión extranjera de Londres, armamento, etc. ‘Así que le prometo un bello regimiento de lanceros’. Este era un hombre seductor y capaz de convencer en su conversación. Tenía mucho de Luis Felipe, y aun cuando era muy superior en instrucción a los Páez, Bermúdez, Montilla, Piar, Urdaneta, Francisco Gómez, etc., estaba muy lejos de igualarlos en los combates, particularmente a los dos primeros que eran como Murats (Páez para la caballería, Bermúdez para la infantería). Estos últimos no tenían sino este mérito, porque eran de la mayor y absoluta ignorancia” . . . “Bolívar era, sin duda alguna, el hombre superior de la América del Sud, pero, yo me he sorprendido mucho cuando lo he visto comparar al Emperador, y como general a Washington por sus virtudes y patriotismo. Es verdad que estas comparaciones no han sido hechas sino por el abate Pradt, cura renegado, el más hablador y el mayor mentiroso de todos nuestros escritores. Pero también es cierto que el Señor de Pradt ha sido pagado para ello” . . . “Bolívar no hubiera sido ni siquiera un aceptable general de brigada en Europa” . . . Enseguida la emprende Persat poniendo en duda la valentía de Bolívar y acusándolo de haber abandonado sus tropas en Barcelona y Ocumare, citando por testigo a un señor Bouvard, antiguo oficial de artillería . . . Pero, no se contenta con esto, sino que sigue, pasando a

dudar del patriotismo de Bolívar y acusándolo de asesinar a Piard (sic) “porque le hacía sombra y se había permitido criticar sus cobardes deserciones de Barcelona y Ocumare”. . . También lo acusa de falta de patriotismo al “hacer ametrallar y sablear a trescientos republicanos que querían sustraerse al yugo de su despotismo”, en Lima. . . “Además, era de un orgullo sin pareja, aunque hacía todo por disimularlo. Con semejantes pasiones no existen virtudes”. . . Sentencia doctoral que bien hubiese debido examinar de muy cerca al virtuoso Comandante antes de aplicarla a otros. Pero que es muy humana cosa el calificar a los demás. Asienta Persat que Bolívar le ofreció auxiliarlo con metálico “de su caja particular” y que a su contestación de que podía servir gratis, le dijo: “Usted no tiene aquí imitadores, pero le tendré en cuenta su devoción”. . .

“El general Bermúdez salía con su división compuesta de unos doscientos hombres (El gran ejército de Bolívar nunca ha pasado de cinco mil hombres y que son muchos para un país sin recursos y arruinado por la guerra). . . Pedí al Presidente permiso para unirme a este general en calidad de voluntario y me fue acordado. La expedición tenía por objetivo apoderarse de Güiría, situada a la entrada de las bocas del Orinoco y seguir en reconocimientos sobre Cumaná, Barcelona, etc., con el apoyo de la flotilla colombiana. Después de un combate poco mortífero, le quitamos Güiría a los españoles quienes combatieron flojamente. . . Seguimos a Margarita. Bermúdez luego nos hizo desembarcar a pocas leguas de Barcelona, ocupada por los españoles quienes nos atacaron con fuerzas superiores y con caballería”.

Aquí Persat nos cuenta que los margariteños temían el combate con los jinetes porque “habían visto que los caballos españoles echaban fuego por las narices”. En cambio no temían en absoluto a la infantería española. . . El batallón de Angostura “compuesto con gentes de color”, cargó a la bayoneta y puso en fuga a los realistas quienes se retiraron dejando muertos y “algunos heridos, éstos fueron de inmediato despedazados, pues en aquellos tiempos no se hacían prisioneros”. . . Abandonado el proyecto sobre Cumaná, Bermúdez “nos hizo correr por montes y valles toda la costa hasta Güiría”. Allí nuevo y sangriento combate que a no ser por el apoyo de los fuegos de la flotilla lo hubieran perdido, con la posibilidad de que “no escapara ni un hombre de la división”. “Los ejércitos de la República carecían de almacenes de víveres, nada los acompañaba, ni transportes, ni ambulancias y teniéndolos les hubiera sido imposible transportarlos porque la costa del país es montañosa, cortada por hondas y largas quebradas y cubierta de bosques y matorrales impenetrables, por lo que no se come siempre cuando se tiene hambre. Se consigue pan de maíz, carne seca, pescado salado, jamás vino y algunas veces aguar diente o ron. Se puede ciertamente y es deber, sufrir parecidas privaciones por la propia patria, pero por individuos que no valen más que los españoles, era verdaderamente una locura. Así que me despedí de Bermúdez quien me dijo: “YA LE HABIA PREVENIDO QUE NUESTRA GUERRA NO PUEDE COMPARARSE, NO TIENE RELACION, CON LAS QUE USTED HA HECHO EN EUROPA”. . . El Comandante Persat anotó las palabras, más no meditó la lección. A pesar de la ignorancia de que acusa a Bermúdez, éste le aclara con cuatro frases, lo que no había aprendido al reflexionar sobre la naturaleza y procedimientos de aquella guerra para él (Persat) tan singular. . . Sabía que se vivía sobre un terri-

torio ya arruinado, consumido por los combates y el pillaje. Territorio no cruzado ni por malos caminos. Carente de instalaciones industriales. De grandes o medianas ciudades. Con una población mestiza, inculta o casi bárbara. Con un ejército en el que todo era improvisación. . . Imposible entonces de exigir ni siquiera una organización parecida a las europeas. . . Ha debido fijarse que intuitivamente la mayoría, otros muy pocos por haberlo aprendido, en apresuradas lecturas o interrumpidos estudios, respetaban los eternos principios. Hacían la guerra con lo que tenían y como podían. Pero acción en masa, libertad de acción, voluntad de vencer eran guías siempre presentes. . . No nos extraña que Persat califique a los criollos de miserables no mejores que los españoles. Recordemos que los franceses acababan de salir de uno de los procesos de superavaluación más grandes que hubieran conocido. Nada mejor que lo francés. Lo español ya en descrédito en la Europa, lo era más al francés, muy escogido por lo de Bailén. Por las derrotas y persecución que unos guerrilleros acaudillados muchas veces por clérigos fanáticos, les habían infringido. En cuanto al juicio sobre Bolívar ya es menos explicable. Ciertamente Persat no había leído a Guibert, su paisano quien siglos antes anotara que con pequeñas fuerzas grandes jefes hacen grandes cosas. Y en frente de Persat, en la arruinada Angostura estaba una extraordinaria realización. Se estaba rompiendo la corona de Castilla. Se libertaba a los esclavos, blancos y negros y mestizos y a pesar del hambre, que a los despreocupados les hacía suspirar por las cadenas y la bazofia servida como rancho, según Persat, a la mayoría nada les parecía tan sabroso como el ser verdaderamente libre. . . Que Bolívar le pareciera jesuita, no recordaba cuán hipócrita debió ser el Emperador en la búsqueda de sus objetivos, que en el caso bolivariano, aunque Persat no lo apreciara eran muy ideales, reñidos con la ambición de coronas y el nepotismo corso. Orgulloso, si orgullo es conocer la propia valía, puede aceptarse la calificación de Persat. Pero él no sabía que Bolívar lo sacrificaba todo a la causa republicana, en veces hasta la personal dignidad, pues sabido es cuanto tuvo que mendigar en apoyos materiales, en colaboración. . . Imponer la propia voluntad, es obligatoria cosa para el que comanda en busca de una transformación tan completa cual se la proponía Bolívar. Imposible compartir el mando. Bonaparte sabía lo que pensaban los antiguos de los mandos políticos o militares compartidos. . . De cuan fácil manera crecen los apetitos y se desarrolla la envidia y ambos roen y resquebrajan y hacen perder ocasiones y con ellas la causa en lucha. . . Critica Persat el fusilamiento de Piard (sic). “Este general era de raza negra, de la clase libre, no tenía la instrucción que tenía Bolívar, pero le era muy superior para conducir la guerra en esos países. Piard era el ídolo del ejército colombiano compuesto en gran mayoría por hombres de color; por todo esto es que Bolívar se desembarazó de él, haciéndolo juzgar y condenar por infames partidarios suyos”. . . Estas expresiones son hijas del afiebrado carácter del Comandante, y fruto de su mala información. Tomada de extranjeros quienes sin el conocimiento del país y de sus hombres, creían que un examen superficial de los sucesos les permitía opinar con peso y verdad sobre ellos. Nada más oportuno y ninguna medida más conveniente. El fusilamiento de Piar es piedra angular de la República. Ignoraba Persat que el catire Piar, que de ninguna manera era negro y sí lo que hoy llamamos demagogo, pues bien conocida es su manera de tratar a las tropas y la empleada con los cuadros, no planteó jamás una insurrección clasista,

que solo aspiraba a un mando superior a sus capacidades políticas con la idea, quizás, de convertirse en dictador, precisamente en lo que Persat critica a Bolívar quien sin que Persat lo supiera, pensaba renunciar a su poder para hacerlo del congreso, de aquel simulacro que llamaba el Comandante. Ciertamente que Piar era y demostró ser de los muy pocos que en América llegan a los altos predios de la alta táctica, pero, Persat no valoraba la lucha que por consolidar el mando y con ella la República venía llevando Bolívar. Sin una dirección, sin la anuencia de los subalternos, más preocupados por sus personales concepciones y complacencias, no se podían llevar aquellos ejércitos a batir al español. Ignoraba Persat que Bermúdez, Mariño, los grandes orientales solo pensaban en su oriente chico y no en la Venezuela integrada y mucho menos en la América ya vista en la Carta de Jamaica. . . Que ellos costaban a la patria los muertos de Aragua, de Barcelona, de Urica, de la Casa Fuerte. . . Y no podía imaginar que las ambiciones de ellos y de otros como Páez y Santander cambiarían el curso que en un momento pudo tomar la historia americana. . . Todo paralelo implica el respeto de las personas y la consideración de las circunstancias, como es posible que Persat al escribir sobre la muerte de Piar, quien muere por desertión frente al enemigo, por no acatar las ofertas de avenimiento que se le hicieron, la muerte de un inútil cual era el Conde fusilado, luego de haberlo secuestrado de manera reprobable. . . En cuanto a que Piar fuera el ídolo de la gente de color, ello es muy discutible. Nadie es ídolo de nadie si no tiene el PODER. A Piar lo prenden tropas y oficiales que caían dentro de la absurda clasificación de color. . . No se mueve nadie, ni una espada se desenvaina para defenderlo. . . Tal era ya su descrédito. . . Ayer y hoy conmueve el destino trágico de un hombre que alcanzara tan altos puestos, que prestara tan grandes servicios, que comprendiera el primero la importancia estratégica de llevar la guerra a Guayana, pero que se perdiera porque no tenía presente que si se lucha por objetivos ideales se debe sacrificar hasta la propia fama, el mando, la riqueza. . . “Bolívar era de una violencia sin freno”, vale la pena repetir la frase de Persat, cuanto debió frenarse Bolívar, hacerse personal violencia, para poder obtener, precisamente, tan altos fines! . . . Y cuando le faltó de esa violencia tan criticada por Persat, al final de su vida. Unos cadalsos más no hubieran consolidado a Colombia. Pero hubieran sido aleccionador, sanísimo ejemplo.

Sin embargo, no creemos que la ceguera de Persat le es privativa. No, hombres al parecer más mesurados y quien sabe si mejor intencionados y en todo caso con una instrucción superior, juzgan con similar dureza a nuestros héroes y todo sin exponer las causas de sus juicios. El citado Mollien, quien no duda en comparar la América del Sur a la Europa del tiempo de Sertorio: “dificultad de los caminos, elevación de las montañas. . . poblaciones salvajes. . .”. “. . . todo se parecía a la España de los tiempos de Sertorio. . .”. Bolívar, como éste, desconcertaba a sus enemigos por la rapidez de sus marchas, sus ataques bruscos, sorprendidos, la rapidez de sus fugas que posibilitaban su pronta recuperación luego de una derrota. En las montañas desplegaba la misma actividad que en las llanuras y sabía dar ejemplo de sobriedad y de temperancia. Así pudo multiplicar su pequeña hueste. “Si su táctica difería de la de los españoles, su conducta lo era más. Sabía ganar los corazones perdonando a los vencidos y a los trásfugas. . . Los sacerdotes mismos no le rehusaban sus plegarias, porque respetaba su ministerio. . .

En fin, acrecía el orgullo de los americanos hablando sin cesar de su valor, de sus luces, haciéndoles de esta manera, por comparación con sus elogios, odiosos, los insultos con que los españoles los cubrían"... Más adelante afirma: "...la celeridad con la que recorre inmensas distancias para buscar al enemigo, dan más bien la idea de un jefe de guerrillas audaz que de un hábil general conductor de masas. Dos mil hombres más le hubieran estropeado sus cálculos"... "No se le suponen tampoco ideas administrativas muy profundas"... "...No sabe sostener su gobierno sino con soldados"... ...Mollien, fuerte de sus clásicos, había olvidado que Sertorio nunca pasó precisamente de la altura de un guerrillero audaz, cierto que era diestro en el ataque, en las retiradas, aprovechaba su conocimiento del terreno para la mejor conducción de sus operaciones. Pero Sertorio nunca se compenetró con la historia. Se quedó como lo que era, un romano rebelde y no un Libertador... De guerrillero no pudo pasar a conductor de Ejército para dar batalla y su al principio bien ganada popularidad la pierde en medio de crueldades espantosas y totalmente innecesarias... Alábase la capacidad del guerrillero pero no se pierdan de vista las de quien empezó comandando en su país la campaña que por el tino y el éxito justificado se llama Admirable. En Araure y en la primera de Carabobo se reunieron y se batieron los mayores efectivos presentados en Venezuela en un campo de batalla. La campaña de Boyacá que Mollien debió oír comentar por sus autores es buena muestra de habilidad estratégica y táctica. Y Carabobo nace del plan mejor urdido y cumplido en nuestra historia militar... Bolívar se adaptaba al teatro de operaciones que le había tocado, con todas las servidumbres, de falta de caminos, de poblaciones salvajes, de hambres y miserias que espantaban el virtuosismo de Persat acostumbrado a países ricos, más industrializados y sin los crueles métodos de combate necesarios por la guerra a muerte. En cuanto a la rapidez de las marchas, el maestro lo había tenido Mollien muy cerca. Las batallas se ganan con los pies...

En cuanto a sus ideas, hoy sabemos cuán sabias fueron. Y si convenimos en que la unión colombiana era como Nación difícilmente viable en función misma de las características del territorio y en él de la pobreza de la red caminera heredada del español, que como observara el Coronel Duane no las había construido para no UNIR ninguna otra concepción tan grandiosa, una patria que se asomara sólidamente a los dos mares océanos, hubiera sido necesariamente la fortuna de la América, de los indoespañoles y ciertamente consuelo y porvenir del viejo mundo. Pero, a más de las dificultades propias del medio, de la pobreza inherente a tan larga y agotadora guerra, estaban los apetitos de los más pequeños, de los que como Perpena estaban siempre dispuestos a empuñar el cuchillo o a comprar puñales si eran menos decididos. Así que la creación casi sobre humana del hombre que no tenía según Mollien ideas administrativas sino soldados, perecería para beneficio de unos cuantos que darían nacimiento a oligarquías, flagelos de la nacionalidad y cuyos errores todavía pagan las masas americanas, especialmente aquellas menos mestizadas... La ignorancia es proclive al crecimiento de desmesuradas ambiciones materiales, por ello los Murat, buenos para comandar la caballería, cultivan sus apetitos en la sombra y están siempre prestos a la trapizona, al contubernio o a la asonada. Y llegados por la alquimia mitad de la suerte, de la habilidad de algunos consejeros igualmente ambiciosos y llenos de rencor, al poder frustrarán las esperan-

zas de los pueblos y en el mejor de los casos serán pintorescos gobernantes retardadores del progreso, duchos en el enriquecimiento personal y en la satisfacción de caprichos, en hacer pasar como política y administración la rutina, el silenciamiento de las aspiraciones nacionales. Los de mejor suerte morirán en sus camas y pasarán a la historia como un eterno interrogante. Los otros sufrirán exilios o tropezarán con piquetes de fusilamiento. . . En lo que Mollien sí acertaba era en aquello de que la existencia de Colombia estaba muy ligada a la vida del Libertador. . . Tanto Persat como Mollien se hacen solidarios de los conceptos de Ducoudray Holstein, quien llega a negar todo valor personal a Bolívar y a su obra. . . Lo primero es detracción debida al odio, bien sabida la conducta bolivariana en las cargas de Araure, en La Puerta, etc. y su obra, Mollien y el General Ducoudray pudieron verla contra viento y marea proyectarse hacia el mañana. . .

El Comandante Persat como vimos se cansó muy pronto de su aventura venezolana. Era razonable que un extranjero, acostumbrado a guerrear contando con recursos y sin la angustia de la muerte que seguía a cualquier pequeño o grande infortunio, abandonara una causa que no era la suya. La libertad americana lo debaja frío. Vino para amoblar su ocio, para hacer fortuna. En una flechera que le prestara Bermúdez, pasó a La Trinidad, de donde siguió a las Antillas Francesas y muy pronto a Francia.

Al pisar la tierra de Francia, Persat llegaba con cinco francos de capital y un pequeño paquete con todos sus efectos personales, bajo el brazo. . .

Comienza para Persat un nuevo peregrinar, en el que va a sufrir de la actitud de sus viejos compañeros de armas, precisamente de los que gracias al Emperador alcanzarán nombradía y fortuna. Muchos de ellos le negarán toda ayuda. Además, "No me recibieron mejor los descontentos de la última clase, de lo peor, quienes entonces llenaban los cafés y garitos con sus muy enfáticas declaraciones liberales. Estos parásitos iguales en toda época se portaron mal y, he aquí los motivos, que conviene conocer. Me habían agobiado con tantas preguntas sobre Bolívar y los Independientes y con mi brusca franqueza les había respondido lo mismo que he escrito sobre Bolívar y sus secuaces. Tales fueron los motivos que me valieron la desgracia ante aquellos liberales altos y bajos". . . El General Foy (Maximiliano), hombre de tanta influencia y valía, según Persat, le aconsejó, observándole antes que todo lo que contaba podía ser verdadero, "Convéznase, estimado capitán, de que los únicos capaces de crearlo serán los monárquicos". Y el consejo fue el mismo de otros liberales, mayor reserva sobre esas cuestiones. Para convencer al general de las falsedades que se escribían y decían de la América y sus sucesos, Persat obtiene que Foy le redacte el parte de una supuesta victoria independiente, la que no tardó en ser publicada por el Constitucional. Periódico en mano corrió Persat a la casa de Foy quien le dijo riéndose: "Muy bien, me confieso vencido, pero no convencido, porque sin duda hay mucha exageración en lo que se publica sobre Bolívar y los independientes pero también hay verdades inobjectables". "Estábamos de acuerdo".

No todos volvieron las espaldas al que llegaba en tan malas condiciones, encontró auxilio, aun sin pedirlo de la buena voluntad de algunos viejos servidores del Imperio. Además su madre acudió en su socorro enviándole fondos suficientes. Pero, todas sus buenas intenciones de servir al gobierno fueron tan inútiles

cuanto sus demandas de empleo. Persat, para colmo, se ve envuelto en los sucesos de junio de 1820, en los que “toma las armas en favor del pueblo”. Y denunciado, se expidió orden de arresto. Gracias al aviso oportuno de sus amigos, puede huír a tiempo hacia los montes de la Auvergne. Convencido de que nada podría esperar del gobierno decide Persat probar fortuna en Nápoles, para donde se embarca sin pasaporte. Llegados a la rada no pueden desembarcar por cuarentena y desde el barco ven todas las embarcaciones empavesadas mostrando el júbilo por la jura de la constitución. Día de engaños lo califica Persat quien enseguida hace el elogio de los grandes remedios que deben aplicarse a los grandes males. “La Revolución del 93 lo demuestra a pesar de sus excesos. Yo diría que si el Emperador había hecho fusilar en 1815 al duque de Angulema y si él no hubiera prohibido salear a la familia completa, rama mayor y menor, cuando los teníamos en Bethume, es seguro que el mariscal Ney, Labedoyere... Murat mismo y tantos millares de franceses asesinados cobardemente en el mediodía de Francia vivirían hoy probablemente; y diré Waterloo no se hubiera dado, porque los ingleses y los aliados lo hubieran pensado dos veces, recordando el 93 y sus consecuencias. Así que la debilidad del Emperador AHORRANDO OCHO O DIEZ CABEZAS PRINCIPESCAS, ha costado la vida a sesenta mil franceses, trajo como consecuencia su pérdida, la ruina de Francia y el deshonor de los tratados de 1815... Los patriotas españoles y napolitanos han actuado lo mismo que el Emperador si ellos hubieran colgado a sus indignos soberanos los valientes... Riego, Russo, etc., vivirían todavía y España, Italia completa, Nápoles, serían libres y prósperos”... Parecidos reproches hace a los franceses del año 830. Es imposible en este caso explicarse bien cómo el Comandante encuentra justo lo que a su juicio conviene al Emperador e injusto lo que convenía a la naciente República que se defendía con mayor justicia que la del año 93. Pero tales son sus contradicciones... Desembarcado choca con las exigencias napolitanas que le pedían naturalización, por lo que sus servicios no fueron de inmediato aceptados. “Para tener reputación de patriota en Nápoles era necesario ser “Carbonario”; yo era ya M., me hice pues, recibir en la venta del duque de Calabria (el futuro Francisco I?) quien era el “venerable”. Este ahora hace fusilar a sus primos...”. Los ocios obligados los emplea en aventuras galantes y se preparaba a zarpar para Grecia cuando se conoce la marcha de los austriacos. Entonces son aceptados sus servicios y hace la “corta y desgraciada campaña”. Campaña que se pierde según Persat por la traición del General Montemayor y de otros individuos de su especie. Montemayor sería recompensado con el ministerio de Policía y se convertiría en ejecutor de las “altas obras” en Sicilia... Persat hace constar: “yo he cumplido con mi deber de soldado en la corta campaña de los Abruzos”... Derrotados vuelven a Nápoles, de donde la prudencia le aconseja partir, cosa que, luego de alguna riña con oficiales austriacos, se ve obligado a acelerar. Volviendo a Francia. En la que encuentra sólo persecución. Con una carta de recomendación para Sir Robert Wilson, llega a Londres el 8 de junio de 1821.

Persat fue bien recibido por Wilson y sus amigos, y le fue facilitado un pasaje para Grecia. Llega entonces la noticia de la muerte de Napoleón. “Esta nueva fue para mí como un rayo! Yo había amado al Emperador como un hijo ama a su padre y lo lloré así. En ese momento mi viejo odio contra el gobierno inglés se despertó, más fuerte que nunca y salí de Londres sin tener la fuerza como para

ir a despedirme de los estimables ingleses arriba nombrados"... Sin aprovechar del pasaje, decide volver a Francia, en la que los realistas estaban "ebrios de la alegría que les producía la noticia de la muerte del Emperador". De nuevo arrestado, fue conducido al despacho del director y ministro de policía quien le ofreció empleo en su ministerio! Rechazada la plaza, el ministro le desea buen viaje hacia Grecia y mejor suerte... Persat se dirige el mismo día a Marsella para embarcarse. Entre agosto de 1821 y noviembre del mismo año, el Comandante sirve en Grecia la causa de la independencia. Sufre grandes privaciones, enfermedades graves, una herida. Y llevará a Francia su admiración bien fundada, por el Príncipe Ipsilanti. Un desprecio total por los métodos salvajes de hacer la guerra de griegos y turcos, entre los cuales el degüello y el saqueo eran moneda corriente y estaban inútilmente arruinando el país... Y una jovencita turca rescatada varias veces de la muerte, Adela.

De Ipsilanti dice: "Si faltaban al príncipe dones de la naturaleza en cuanto a su aspecto físico, los tenía en cambio muy superiores en el corazón y en sentimientos, porque era de una bravura toda francesa, aunque de más reflexión y su patriotismo era verdadero y sin tacha. En instrucción sobrepasaba a todos los griegos que yo conocí"... Persat hizo la campaña a las órdenes del Coronel Thomas Gordon, notable por su devoción a la causa de la independencia griega, por su desinterés, valor y por su instrucción. El sería más tarde el primer historiador de la nueva historia griega... El sitio de Tripolitza le permite llegar a unas cuantas conclusiones de las que se pueden llamar urticantes: "La villa encerraba entonces unos cuarenta mil habitantes entre judíos y turcos... Tripolitza estaba rodeada de una mala muralla, de unos tres pies de espesor por unos doce o quince de altura, arruinada en parte y sin fosos. En alguna torrecilla había cañón, en fustes a la turca, de mala calidad, y con tan mediocres elementos de defensa, la población resistió a los griegos, que eran veinte mil, durante siete meses!"... Gordon fue nombrado por el príncipe Ipsilanti (Demetrio), jefe de estado mayor. Persat pasó al estado mayor, mientras se pudiese armar y montar un escuadrón, que se le prometió... Amenazada Patrás, Ipsilanti fue presionado para que acudiera en su socorro, maniobra de los jefecillos griegos quienes solo querían apoderarse de las riquezas de los turcos de Tripolitza, para lo cual era necesario que el príncipe y sus tropas no estuvieran cuando se abrieran las puertas... Partido, se produce la rendición y enseguida la muerte de casi todos los habitantes y el saqueo más desenfrenado... "Si el príncipe hubiese estado allí, la población hubiera sido respetada, los tesoros inmensos que encerraba la ciudad hubieran servido para organizar tropas regulares y Grecia hubiera salido sin manchas de la esclavitud turca, en poco tiempo y sin necesitar el socorro francés"... En la marcha a Patrás, Persat imprudentemente, pero acicateado por el calor y la sed, bebió de las aguas que cruzaban los caminos, "De tal manera que fui atacado por una disentería de las más complicadas... En aquella época el más hábil médico griego no había hecho ningún estudio... así que se necesitaba una constitución tan robusta como la mía para resistir las reiteradas dosis de opio que me hizo tomar el moderno Hipócrates... después de ocho días de crisis pude montar a caballo... y me disponía a reunirme con el príncipe cuando nos llegaron las noticias de la catástrofe"... Las familias de la población en la que Persat trataba de curar su

enfermedad se creían en seguridad. “¡Ay, qué seguridad! Todo fue pasado a cuchillo en lo que llegaron los carniceros de Tripolitza, cargados de los despojos sangrientos de sus víctimas. Yo mismo hubiera perecido al querer arrancarles algunos niños, si mi médico y uno de los jefes griegos no hubieran corrido a socorrerme” . . .

Persat contrata una escolta y llega a Tripolitza a los ocho días de la rendición de la ciudad. “Todas las calles de la villa, ya en parte demolida por los griegos estaban sembradas de cadáveres mutilados, de todas edades y sexos” . . . Para no respirar aquella podredumbre, Persat acampa fuera de los muros. “Cerca de la tienda, se refugiaban los restos de una familia turca” . . . Apenas cubiertos por trapos ensangrentados. . . “Conmovido hasta las lágrimas por su desgracia, les ofrecí un poco de pan y pasas; era todo lo que había podido procurarme. . . El jefe de familia había sido amigo de los griegos por lo cual había sido respetado y lo mismo la mayoría de los suyos. Su nombre era Hassan-Alili” . . . Pero la rabia y avidez de los griegos dirigida por un “papas” (sacerdote griego) se encargó de destruir la obra caritativa de Persat, un grupo de malvados, yatagán en mano, cayó sobre los desgraciados y pese a la intervención del Comandante y a sus regalos de dinero, mataron a la mayoría de la familia salvándose sólo por el pago de Persat los más viejos o impedidos. . . “No me quedaron sino un anciano, una mujer vieja, tres niños pequeños y una niña de trece años, que parecía tener treinta, de tan descarnada y enferma. . .” Persat les ayuda en lo posible, los ancianos (que eran el abuelo y la madre de la joven) murieron a poco y mientras el Comandante buscaba víveres, los tres niños fueron degollados. . . La actitud salvaje de los griegos provocó las represalias turcas y la partida de muchos de sus amigos, entre ellos el coronel Gordon. . .

En el ataque contra la ciudad de Nauplie, ataque fracasado, Persat es herido. . . Finalmente, cansado de tantas traiciones y degüellos, en los que su protegida casi pierde la vida, pues fue de nuevo maltratada, Persat decide separarse del servicio y se traslada a Corinto para embarcarse. Allí, un griego reconoció a la joven y le avisó que su padre y una hermana todavía estaban vivos y en Corinto. . . A las súplicas de ella, Persat le explica que está decidido a partir, pero que si ella lo acompaña a Francia está dispuesto a casarse, y le ofrece palabra, “pero que yo no quería seguir más tiempo en Grecia”. . . “Yo le ofrecía la mitad del dinero que tenía, diciéndole, Tú no has sido mi esclava ni un instante, si quieres, como eres libre, puedes ir a buscar a tu padre, que seas feliz, adiós!” . . . Ella no quiso separarse de Persat, y éste le envió al padre de Adela todo el dinero que pudo. . .

En Corinto se embarcaron para la isla de Milo y de allí, el 11 de marzo de 1822 parten para Marsella, a la que arriban el 12 de abril. Cuarentena, nuevos problemas policiales y con los griegos residentes allí. Pero el apoyo del Gobernador de la 8ª División Militar, Barón de Damas, a pesar de que había sido de los antiguos emigrados y era realista convencido le dio apoyo y se interesó, además por la joven turca, a la que estuvo Persat en tris de perder, por haberla reclamado un turco diciendo era su pariente, ante el tribunal; Adela, aseguró que nunca había sido esclava y que no quería regresar a su país “y que no se quería separar de mí” . . . La esposa del General Damas la tomó, con el consentimiento de Persat,

bajo su protección, mientras él, encontraba una posición más segura . . . No se imaginaba que estaría separado de ella casi ocho años. La decisión de Persat se basaba en la grave enfermedad de su madre, en cuyas manos había pensado dejar a su prometida . . . En julio de 1822, el prefecto de policía, Franchet -D'Esperey, autoriza el pase del Comandante a París.

Persat había en varias ocasiones protestado de los malos tratos a los que se le sometía y asegurando a la vez al gobierno sobre su futura conducta. En los informes de la policía se puede leer el pensamiento de las autoridades. Por ejemplo, en 14 de agosto de 1822, en el expediente Persat, que tiene un encabezamiento que engloba y enumera a "Bolívar-General Pepe-Ypsilanti-De Damas, Teniente Gral. Duque de Fitzjames", etc., se lee: "El señor Persat, ex-oficial condecorado, después de haber profesado el bonapartismo más exaltado, pero sin haberse hecho culpable de ningún delito contra el orden público, se ha separado de su patria para ir, sucesivamente a ofrecer el socorro de su brazo a los independientes de América, a los rebeldes de Nápoles y a los revolucionarios griegos. No se ha quedado sino poco tiempo en cada uno de esos países, y por precio de su valentía y devoción la más desinteresada, parece no haber recibido sino los más odiosos tratamientos. Se presenta al Señor Persat como un hombre valiente e igualmente leal y deseoso de expiar con su fidelidad al gobierno legítimo, los errores a que lo han conducido sus irreflexivas opiniones políticas y su inclinación aventurera. Sin embargo, es conveniente no acordar a sus promesas una confianza tal que lo libere de una vigilancia a la que sus antecedentes recomiendan.

En consecuencia, yo invito al Señor Jefe de Policía general, a hacerlo observar secretamente . . .".

En París, todas las gestiones acerca del gobierno se revelaron inútiles y no era la paciencia virtud o cualidad privativa en el carácter del Comandante, así que desiste de ellas, (para arrepentirse más tarde) y en su actitud, las palabras del General Foy, a quien de nuevo visita, lo hacen perseverar. Foy le dice: "¡Cómo!, usted comete la imprudencia de solicitar su reingreso al servicio en el momento que los Borbones alcanzan su fin! Usted se pierde ante la opinión pública si vuelve al servicio. Váyase a España, reúname con sus valientes camaradas y en seis meses volverá a Francia con la bandera tricolor y entonces se reunirá con su mujer y su hijo" . . . Persat sigue el consejo. Comunica su viaje al Barón de Damas, en manos de su mujer deja a Adela y al niño y sigue al Havre para embarcarse. Allí desprecia las advertencias del Capitán de Viry.

Equipados perfectamente salen para Bilbao, pero la embarcación, juguete de una terrible tempestad y castigada por un rayo, debe detenerse sobre Weymouth, de donde volvieron a Plymouth. Sin posibilidad de embarcarse para España, determinaron dirigirse a Lisboa "donde también había una constitución que defender" . . . Allí llegaron el 10 de enero de 1823.

Cuando pensaba seguir para Madrid, la llegada a Lisboa del General Pepe cambia sus planes. Pues el General, vence su resistencia sobre servir de nuevo en Grecia y lo encarga de una nueva misión. Confiesa Persat que en la primera parte del cumplimiento de ella, que implicaba pasar por Sevilla hizo un curioso viaje lleno de incidentes y extraordinarias aventuras . . . En el trayecto y en Sevilla recibieron muchos testimonios de afecto a la memoria de Napoleón . . .

Cuando se disponía a salir rumbo a Cádiz, una carta del General Pepe interrumpe el proyecto. “. . . en aquella época Europa estaba envenenada por una mezcla de intrigantes y de estafadores griegos, franceses, ingleses, etc., que la recorrían para explotar los bolsillos de los crédulos filohelenos”. Una calumnia había hecho que el general, para proteger a Persat, de quien le dijeran que estaba condenado a muerte en Grecia, le escribiera cancelando la misión, no sin ofrecerle cierta compensación monetaria, todo en términos de la mayor cortesía y estima. . .

Pasa entonces a Barcelona y luego de algunas gestiones, se alista en la legión que organizó Mina, pero, bajo comando español. Lo que según Persat desencantó a tantos franceses que hubieran venido a incorporarse. A pesar de una vibrante proclama en la que les llamaba: “¡Venid frente al mundo entero a pronunciar el juramento de vivir libres o morir!; ¡venid a marchar y combatir bajo las banderas de la República y del Imperio!”. A pesar de estos y muchos otros párrafos vibrantes, la llamada, que se hacía con nombres ignorados por la mayoría, siendo el más conocido (“y eso en la caballería”) el de Persat tuvo un éxito limitado, pero que agitó el ejército que se preparaba en los vecinos Pirineos franceses. El Batallón fue llamado de Napoleón 2º y quedó en Cataluña frente a las tropas del “viejo y honorable mariscal Moncey. . . que no avanzaba sino pausadamente”. . . Derrotados en Mataró, se escapa milagrosamente, anudando de paso una amistad entrañable con Armand Carrel quien era subteniente en el Batallón. Siguen a Mina, quien poco actúa contra los sitiadores de Barcelona. . . Persat cuyo carácter no soportaba insultos, se bate en duelo con algunos de los voluntarios, precisamente, de los que usurpaban títulos y cruces. . . Convencido de que se manejaban mal las fuerzas constitucionales y que ya el fin estaba próximo, dimite y el 1º de setiembre de 1823, se embarca para Gibraltar. No sin haber sido obligado a tocar en Cartagena. El general Torrijos le ofrece el mando, que acepta, pero, Torrijos decide capitular y antes de hacerlo da medios a los franceses para que salgan a bordo de una boleta. Llegarán a Gibraltar el 25 de noviembre.

La suerte de Persat le proporciona un inesperado amigo. Cuando creía que no podría entrar en Gibraltar, pues el Gobernador le rehusaba todo “insurgente español”, un oficial americano el “valiente y leal” Comodoro Jacob Jones lo invitó a pasar a su barco, invitación extendida a sus subalternos. . . No aceptó el transporte que se le ofrecía para América. Y en un barco inglés, viaja a Inglaterra. En el fondo ansiaba volver al lado de Adela. . . En Londres recibe el socorro del Jefe de Escuadrón Marbot (Adolfo, hermano del autor de las memorias), éste era entonces “uno de los más exaltados patriotas de la emigración francesa”, al poco tiempo se reconciliaría con el gobierno. . . Decidido a raptar a su adorada Adela que estaba en un convento, quiere pasar a Francia, pero la advertencia de un amigo lo detiene. La policía francesa lo esperaba. . .

Y “como Europa estaba en paz, Grecia solamente se debatía contra el despotismo turco, pero yo no quería volver”, resolvió Persat volver a América.

“Favorecidos por un buen viento y un bello mar”, llegó a Santo Tomás el 20 de noviembre de 1824. Allí, el capitán del barco se negó a transportarlos a Puerto Príncipe, ni siquiera a la costa de Santo Domingo. . . Afortunadamente conocía Persat a un Capitán Doulhe de Nantes. Este, que en el momento comandaba una goleta negra, le ofrece empleo a bordo, como médico. . . y partir para el Africa,

pero, sus ningunos conocimientos en materia médica le impidieron esta nueva aventura, ya que los armadores rehusaron sus servicios. De lo cual debió más tarde contentarlo, ya que supo que Capitán y tripulación habían sido muertos por los negros y seguramente comidos en la Costa de Guinea. . .

Doulhe le dio a Persat los medios de embarcarse el 26 de noviembre, y el día 30 estaba en Maracaibo. . .

Como Jefe del Departamento marítimo, estaba su viejo conocido Joly, a quien, precisamente, buscaba, para que le arreglase la también vieja deuda pendiente. El Capitán de Navío Joly hizo inútiles todas las diligencias y peticiones que Persat debió hacer para tratar de convencerlos y obtener el pago de los varios miles de francos que le debía. Felizmente, el poseer un pasaporte inglés, salva a Persat de ser enviado al Castillo de San Carlos o quien sabe si de ser muerto. El cónsul inglés defendió con energía sus intereses, "yo dudo que el cónsul francés hubiera hecho cosa semejante". En Maracaibo, Persat pudo saludar al Señor Plee, sabio naturalista, que fue expulsado de Maracaibo, por permitirse "algunas reflexiones sobre el despotismo del ciudadano Bolívar". Este sabio perdería sus colecciones destruidas por los "celosos e ignorantes republicanos de Maracaibo". Con la idea de llegar a Puerto Cabello, se embarcó Persat, iba en busca del Capitán Bernard. Se vio forzado a hacer escala en Aruba, donde un paisano, Solanier, lo recibió con gran contento. Conversaban en su patois natal. . . El 20 de diciembre estaba en Puerto Cabello, con la suerte de encontrar a Bernard, quien de inmediato le ofreció pasaje en su barco, "asilo" dice Persat, "ya no tenía a mi servicio ni una piastra". . . Sigue con Bernard, quien salía para Margarita, al pasar por La Guaira saluda a Martín Maillefer, más tarde "uno de los más ardientes defensores de la libertad", luego redactor de periódicos. . .

El 9 de enero de 1825, anclaron en Juan Griego. "... Yo en pocas palabras he descrito las virtudes y el patriotismo de los bravos margariteños; los he comparado a los antiguos espartanos, y creo que ellos valen más desde el punto de vista moral. Tuve la satisfacción de verlos libres y más felices que el año de 1819, porque el cruel y déspota Arismendi ya no estaba en Margarita. Estos generosos y buenos insulares me recibieron como un hermano, y mucho se empeñaron en que permaneciera allí, que me quedara hasta el fin de mis días, DESGRACIADAMENTE, yo tenía, todavía espíritu y corazón del lado de Francia". . .

Como sabía que el Príncipe José Napoleón estaba todavía en América del Norte, y él me había ofrecido apoyo, decidí dirigirme allá. "Después de recorrer con Bernard las islas de los Testigos, Tortuga, Blanquilla, Orchila, Los Roques, Aves, ya que el Capitán se consideraba "como el soberano" de ellas, el 30 de enero llegó a San Bartolomé, "colonia sueca"; el tres de febrero se embarca y esta vez, gracias a "honorable procedimiento" del capitán David Hepburn, quien lo acepta a bordo con la promesa de pagarle en Nueva York y no le acepta su viejo uniforme como prenda o compromiso de pago. . . Después de una navegación sometida a toda clase de vientos y temporal, el 20 de marzo, "aniversario del nacimiento de Napoleón 2º" entra en Nueva York. El navío estaba desmantelado "y hacía agua por todas partes". Su situación se hace más grave, ya que el príncipe, con quien contaba, se había trasladado para Filadelfia. Persat afortunadamente recibe la ayuda de una respetable L., trescientos francos, "era la primera vez en mi vida que

rrecurría a tan filantrópica institución”. Con los cuales paga su deuda al Capitán Hepburn y sigue a Filadelfia, no sin encontrarse con algunos de sus viejos soldados de Cartagena. “Todos estos franceses estaban contentos, tanto como lo puede estar alguien lejos de su patria y proscrito, porque aquellos pobres diablos habían sido declarados fuera de la ley por haber abandonado la bandera del despotismo a fin de reunirse con el estandarte de la libertad”. El príncipe lo recibe amablemente, mas Persat prefiere irse a reunir con un antiguo amigo no sin antes “ir a saludar la tumba que encierra las cenizas del ilustre patriota” (Washington) . . . , pero, su estadía en Baltimore se le hace muy costosa y tiene, con todo pesar, que posponer la ansiada visita. . . “De Baltimore a Nashville se cuentan de setecientas a ochocientas millas, poco más o menos doscientas cincuenta o doscientas sesenta leguas. Esta distancia no me espantó; en consecuencia decidí recorrerla a pie, para ver cómodamente el país. La estación era bella y mis piernas entonces tan ágiles como el resto de mi cuerpo. Armado con una escopeta, un morral a la espalda y una cantimplora colgada al hombro, salí de Baltimore a las seis de la mañana del 30 de abril de 1825. . . Cumplía entonces 37 años y había gastado en tres años cuarenta mil francos de patrimonio, ¡que de recuerdos y que perspectivas!, pero era libre en los Estados Unidos, sin temor a los gendarmes se puede viajar sin pasaporte. . .”.

Persat analiza sus conocimientos sobre los Estados Unidos, “refugio de todos los vagabundos y de la gente en bancarrota de la Europa”. . . No creía el Comandante que la prosperidad del país se debiera a la bondad del sistema republicano, cual lo pensaban y decían los mismos americanos, sino a un conjunto de circunstancias entre las que anota la implantación de la conscripción militar “suerte de lepra imperial” que había vaciado Italia y las orillas del Rin y las catástrofes de los años 1814 y 1815. . . “Estas últimas emigraciones han sido de gran utilidad a los Estados Unidos que no eran ricos en sabios” . . .

Persat, con justicia se indigna al considerar la situación de los negros y exclama: “¡Ah, Señor de Chateaubriand, Usted, Usted ha visto las encantadoras y alegres orillas del Mississipi. Pero, Usted no visitó, como yo, aquellos horrendos lugares carneros, en los que se apelmazan millones de negros, más dignos de compasión que las jaurías de nuestros grandes señores. . . Usted ha sido incapaz de decirles lo que yo les aconsejé: “Hombres de color, tomad las armas y lanzad vuestras cadenas a la cara de vuestros dueños. . .”.

En su ruta, a veces aderezada con un corto trayecto fluvial, o con la compañía de algún importuno, o con la alegría de encontrar en alguna población otros franceses, Persat, cerca de Nashville, al salir de un bosque encuentra un prado cubierto de tiendas, alrededor de las cuales se divertían “un centenar de hombres y mujeres”. . . Pensó el viajero que aquello era una fiesta campestre cual las de Francia y en el acto se le ocurrió, “Seguramente debe haber algún restaurant ambulante”. . . Pero no podía ni siquiera suponer que le deparaba el acaso. A sus preguntas se le responde, bienvenido, esto se lo decía un personaje al que Persat antes, en el camino, tuviera por incómodo y fastidioso compañero, “aquí nuestra divisa es Paz, amistad, comunidad”. . . Fue invitado a almorzar y un copioso almuerzo le fue servido por unas “muy bonitas y jóvenes muchachas”. . . En media hora, con su escaso inglés hizo amistad con casi todo el campamento. Cansado pu-

do obtener que le dejaran reposar unas horas... Ya había descubierto que sus huéspedes eran americanos de una nueva religión, se llamaban los "multiplicadores"... Y la reunión tenía por objeto darse a las prácticas necesarias para ello... "¡Que buena fortuna para mí, ínfimo cristiano, sin asilo, sin pan y sin mujer!, así que apenas terminé mi tregua salí para ir a buscar al "padre multiplicador", para decirle que me enrolaba en sus banderas"... Lo reciben con entusiasmo, lo bautizan y consagran miembro de la unión de los multiplicadores (mormones). Escogí mi prometida, una jovencita de unos dieciocho años, de ojos llenos de amor y deseos y de un talle a la francesa, me retiré con ella a la tienda que se me destinara y por tres horas olvidé Francia, mi Adela y el mundo entero"... Disfrutó Persat de aquel país de cucaña durante ocho días al final de los cuales se dio por terminada la reunión y los mormones en sus carretas volvieron a sus granjas... Persat se reúne con su amigo, ensaya inútilmente de aprender inglés a causa del "carácter orgulloso, egoísta y pérfido de los americanos"... Sin deseos de fijarse, sin temor a las fatigas, imagina trasladarse a México, con la esperanza de hacer fortuna... Durante su estadía en Nashville, le toca presenciar una elección, en la que puede observar los métodos detestables empleados y los accidentes comunes, dos individuos fueron muertos a golpes y otros cuatro quedaron desfigurados! Con seriedad afirma Persat: "Los senadores y representantes de los Estados Unidos se resienten de estas elecciones, porque es cosa corriente que ellos boxeen y se apuñalen en plena asamblea, en presencia del Presidente de la República. ¡Qué representación!..."

En su viaje, emprendido el dos de diciembre "día de Austerlitz", tiene la alegría de reunirse con uno de sus hermanos que venía de Nueva Orleans. Supo por periódicos la llegada de Joly a Nueva Orleans, lo que le impulsó a ir. Solo encuentra una muy desagradable situación, porque Joly le negó la deuda y lo denuncia acusándolo de querer matarlo. Persat es arrestado y su protesta ante el alcalde no le alcanza la libertad, pues le exigen una altísima caución, que pagan, reuniendo fondos, algunos amigos... Persat no puede "provocar al infame Joly", pues perderían el dinero, 2.500 gourdas, sus amigos, y vuelve a Alejandría, naturalmente escamado...

Siguió su viaje que en cuatro días lo colocó en las fronteras de Texas, discórdias y fatigas se sumaron en el camino que durante dos meses recorren, para acampar a unas diez leguas de San Antonio. Fueron atacados por los indios, perdiendo todo el material y ganado. El 20 de agosto llegaron a San Antonio, que estaba en una miseria "digna de piedad"... Por el medio de tribus indias, huéspedes a veces bien recibidos y las otras sufriendo las privaciones inherentes a aquellos lugares primitivos y recogiendo recuerdos sobre personas y costumbres que luego le permitirán, al recordar el trato amable de Brigitte, gentil y amable compañera de un tal Gross que les diera habitación y hasta guías, desear que el bárbaro Santa Ana con sus hordas asesinas no la hayan degollado... De Texas afirma, "Yo creo que veinte años de dominio americano bastarán para convertirla en uno de los países más prósperos de la América del Norte y del Sur". "En manos de los mexicanos no prosperará jamás". En sus marchas se hicieron amigos de un jefe indio, quien les obsequió a cada uno "una joven india. Son éstas, damas poco atrayentes, pero,

mujeres, y nosotros carecíamos de ellas, pronto nos pusimos a darles lecciones de civilización francesa” . . .

De nuevo fracasado vuelve a Nueva Orleans, no sin haber asistido a la fundación de una República llamada Fredoniana, que viviría sólo el tiempo de que llegaran dos malas compañías de tropa mexicana a aniquilarla . . . El 8 de febrero de 1827, se embarca de nuevo con esperanzas hacia Francia.

Entre mayo de 1827 y junio de 1831, Persat se debate con la fortuna y con la policía de Francia. Vuelve a Grecia, sufre un naufragio y finalmente legitima su unión con la soñada Adela . . . (De la cual tenía una hija). Había aceptado una comisión de Teniente en el 17 de Cazadores. En junio, a pesar de que su esposa había visto el naufragio como funesto agüero, Persat, con bríos, la hace embarcar en la expedición, con la idea de reclamar sus antiguas propiedades. La expedición de Morea, carecía según Persat de buena organización y de objetivos claros. Sería una pérdida de dinero y hombres para la Nación. Persat vería romperse todas sus esperanzas y llegarle la desgracia, pues Adela, víctima de la tuberculosis, moriría, y con ella la hija y un pequeño recién nacido . . . Fracasada la expedición, sobre el corazón todos aquellos pesares, el Comandante regresa, para enredarse en la política de la época, meterse a periodista, asistir al duelo en el que Girardin mata a Carrel, amigo entrañable de Persat, sufrir prisión y entrar en tratos con Luis Napoleón . . .

Sin ninguna posibilidad en el país natal, decide volver a Grecia, engañado por algunas noticias y por la posibilidad de recuperar algunos bienes . . . De junio de 1837 a noviembre del mismo año, vuelve a viajar, para ser burlado por “Oton y sus odiosos bávaros”, cuyo gobierno en Grecia se conduce de manera increíblemente odiosa con Persat. Por Italia vuelve a Francia y los austriacos lo hacen abandonar violentamente Lombardía. Llega a Grenoble, en la que “con las lágrimas en los ojos, en compañía de otros veteranos de Waterloo, fui a tocar las puertas que los habitantes llevaron al Emperador, mientras el general Marchand guardaba celosamente las llaves” . . . El 6 de noviembre volvió a sus lares. Allí detiene Persat su relación, lo que nos priva de sus opiniones y comentarios sobre la expedición de Argelia y tantas vueltas que diera la política de aquellos días. Pero conformémonos. Que el Comandante nos ha guardado datos preciosos y sobre todo, nos ha permitido echar un vistazo a acontecimientos que sólo vemos en las páginas de la gran historia.

A pesar juicios sobre personajes y hechos que nosotros conocemos mejor, pero que siempre, como el general romano en su triunfo, vale la pena que se oiga el detractor y se examinen sus decires, que no razones.

Y admiramos aquellos años de romanticismo y aventura y confusión, únicos años que podían permitir, suerte ayudando, porque las balas tropezaban tanto como hoy, que hombres de voluntad, ambiciosos de ideales más que de fortunas, se batieran en los mundos de Dios por aquel Dios que ellos llamaban Libertad y que ciertamente es creación del verdadero Dios.